

TERCERISMO Y NACIONALISMO

No hacer confusiones.

Hablando de las vías eventuales de transformación, terminaba mi nota anterior con la referencia a la democracia y a la revolución. Pero resulta razonable una reflexión preliminar sobre el cuadro –nacional, supranacional o internacional– en que ellas jueguen o jugarán. Sobre el cuadro y sobre las ideologías que, clásica o modernamente, de él se han formulado.

Tratar en el Uruguay de las relaciones entre tercerismo y nacionalismo implica afrontar preliminarmente la distorsión que resulta de la existencia de un partido histórico –o “*tradicional*”– que así se denomina. Para mucho daría el análisis de en qué sentido y hasta dónde el partido blanco –como más habitualmente solió llamársele– ha sido “*nacionalista*” y –sobre todo– hasta dónde sigue siéndolo; hasta dónde el rótulo de “*nacional*” que la reorganización de 1872 prohibió, entendió comprometerse políticamente con el objetivo que de él se derivaba y cuál era la significación de éste en ese aquí y en ese entonces.

Pues acontece que las mejores credenciales de ese partido a ser cabalmente “*nacionalista*” (1838-1853; 1858-1865) son anteriores a tal designación y tal vez la semioscuridad en que estos dos cuatrienios de dominio las han dejado no sean un mero resultado de la torpeza o de la mala conciencia. Hace poco más de un año, y en una nota que muchas iras me concitó, repasaba en MARCHA el sentido actual de la defensa y la caída de Paysandú, último tornillo de la bruñida máquina de nuestra independencia nacional, según ciertos facilones, y piedra fundamental de nuestra condición de semicolonias, según mi modesta opinión. No tuve entonces posibilidad de decir que bajo un gobierno “*nacionalista*” y con su política cultural orientada por su más eminente historiógrafo, los uruguayos de 1965 hemos tenido que ver en nuestras cartas la efigie de Benito Nardone pero no hemos podido hacerlo con la de Leandro Gómez. Tampoco –no seamos injustos– tuve posibilidad de marcar una conducta internacional que, en algunas circunstancias, como en la de Santo Domingo, fue menos vituperable de lo que era de esperar (por más que rebaje la marca que tal postura representa que quien mejor, más briosamente, la

asumió haya sido desplazado en castigo para reemplazarse por dos inocuos y sonoros).

Por tantas y otras razones el término, entonces, de nacionalismo debe ser enfocado en su significación corriente más allá de nuestras fronteras y hacerse la advertencia –como en ciertas películas– que cualquier semejanza que se sorprenda entre esa significación y la que aquí se estila es obra de la pura casualidad.

UNO O DOS NACIONALISMOS

Creo que en este tema el mayor reproche que puede hacerse a Solari es el empleo genérico, global, abstracto que del vocablo “*nacionalismo*” realiza (p. 43). No distinguir especies dentro del género importa en esto exponerse a no entender absolutamente nada, sin que esto quiera decir que el término no posea en sí alguna firme aunque esquemática significación. El nacionalismo es, ciertamente, la expresión política, económica militar y cultural de un impulso de posesividad, de la autoafirmación de una colectividad que ha alcanzado la forma “*nación*” o aspira a hacerlo. Se nutre y beneficia con ese inmemorial apego y devoción al marco físico y humano en que nos movemos llamado “*patriotismo*”. Como noción no tiene nada de exhaustiva y menos de perfecta pero, a los efectos, sirve.

Sin embargo, de “*autoafirmación*” o de “*posesividad*” hablemos. ¿Es posible confundir el nacionalismo inglés y el egipcio? ¿El francés y el argelino? ¿El estadounidense y el panameño? No soy el inventor de la teoría de los “*dos nacionalismos*” ni creo que la posible distinción entre ambos se agote en la de ser uno “*ofensivo*” y el otro “*defensivo*”. Empero, si el inglés, el francés y el yanqui tomamos, no es difícil tipificar un nacionalismo de naciones rectoras y altamente desarrolladas, que se ha expedido en la persistente expansión económica, militar y cultural y estuvo y está imbricado a través del imperialismo con las fases industriales y financieras del capitalismo. Y si lo hacemos con el egipcio, el panameño y el argelino nos encontraremos con nacionalismos que se nutren en la ferviente actitud reactiva contra esa condición común de esquilmo, humillación y mediatización a que las potencias dominantes los sometieron. Aspiración, en suma, a insurgir y esencialmente pasiva. Un reivindicar el derecho a ser sujetos –que no objetos– de la historia, a ser mirada que se fije sobre los otros, voluntad que quiera entre otras, conciencia independiente a órdenes y seducciones, señorío de todos los bienes que, en su órbita, le dio a cada comunidad el trabajo de sus propios hijos o los dones espontáneos de la tierra.

Muchos puntos obran en la agenda de cualquiera de estos nacionalismos: el desarrollo integral, la conquista de la soberanía económica, una planificación de tipo socialista capaz elevar armónicamente todos los sectores sociales que porten signo positivo, la recuperación del patrimonio cultural, el orgullo y la esperanza

recobrados no tanto en –y desde– lo que colectivamente se es como sobre lo que es posible –superados los complejos de inferioridad, de decadencia– llegar a ser.

Y como la noción misma de “*nación*” es una personificación, una hipóstasis, una noción instrumental, digamos que en ambos tipos de nacionalismo difiere muchísimo la sustancia que hincha, da cuerpo al concepto o a la figura. En el nacionalismo orgulloso y osado de las naciones dominantes la identificación del interés nacional con el de las clases dominantes (sectores feudal-señoriales, burgueses-comerciales, industriales bancarios y militares) es el fenómeno regular y tal vez sin otras excepciones que el alegado fenómeno del “*soborno*” de los sectores superiores de la clase obrera. En el nacionalismo defensivo y reactivo de los países dominados la identificación del “*interés nacional*” ya no se realiza con los precedentes sectores -o con los que simétricamente pudieran equivalerles- sino con el resto de la población. Es decir: con la inmensa mayoría relegada del paisanaje, las clases obreras, los sectores intelectuales, los niveles técnicos y empresariales bajos y medianos. Esto quiere decir –aunque algún irónico pueda oler en esto la ingenuidad y el esquema– que en este tipo de nacionalismo defensivo –descartadas las clases que el desarrollo social dictamina como nocivas– la “*nación*”, hipóstasis y todo, se identifica cabalmente con la colectividad entera.

Las diferencias podrían seguirse extremando pero las hechas son suficientes. Sólo es necesario apuntar que el nacionalismo de las naciones dominantes ha encontrado su destino natural, su “*superación*” en el “*cosmopolitismo*” como modalidad cultural, los “*mercados comunes*” y la coordinación monopólica en radio mundial, los comandos supranacionales para la defensa y la agresión y el rechazo de la no-intervención y las autonomías nacionales como doctrina jurídica.⁽¹⁾

¿Qué ha ocurrido a su vez con este nacionalismo de los “*humillados y ofendidos*” pueblos pobres? Han comenzado moviéndose en la primer área coherente en que la urgencia de la liberación despuntó, esto es, en la nación misma. Pero muy pronto –y es una historia que cubre las últimas dos décadas– la conciencia de vínculos histórico-culturales de fuerza particular –y es el caso de las naciones árabes– o la exigencia mucho más amplia de coordinar esfuerzos (imponiendo al imperialismo la dispersión de sus custodias) trascendió ampliamente el mero marco nacional. Esa superación no es, claro, separable de una conciencia, más afinada y menos interesada, de la solidaridad y fraternidad de esta lucha, forma concreta, militante, creadora, “*intra-nacionalista*” al fin, de los dogmas genéricos de humanitarismo abstracto y de internacionalismo que de la izquierda les venían. Tal ascenso de planos –que es posible registrar desde Bandung hasta La Habana– no se produjo, como es claro, sin fricciones y no dejará de conocerlas en el futuro, ya universalizado como hoy lo está. No se pasó tampoco sin traumas de la “*gens*” a la ciudad, de la ciudad a la región y de la región a la nación.

CONFUSIONES DE UNA IDENTIFICACIÓN

Que Solari no haya atendido a este clivaje tan evidente que en el seno mismo del “*nacionalismo*” se produce, explica casi todas las objeciones que a su planteo cabe hacerle. Su reflexión, por ejemplo, sobre los elementos “*antiterceristas*” del nacionalismo (págs. 46-47) o su recuerdo (p. 40) que para “*la generación progresista de más de 40 años nacionalismo fue sinónimo de fascismo*”.

Sin embargo, algún punto merece ciertas precisiones. Más de una vez me referí a la alienación, ajenidad o inautenticidad ideológicas como uno de los síntomas más seguros de la condición colonial. Solari enumera entre los rasgos presuntamente “*antiterceristas*” del nacionalismo el de utilizar “*cualquier ideología con tal de cohonestar el interés nacional*” (p. 47). Vale empero la pena repasar hasta dónde llega esta latitud en los nacionalismos clásicos y en los marginales. En los primeros, para todo el siglo XIX y el XX, la expansión se cohonestó desde un espectro ideológico relativamente reducido: nacionalismo histórico, romántico, de raíz vitalista, racismo larvado o pleno, liberalismo conservador, capitalismo liberal y libre empresa. Está, es claro, la alternativa entre proteccionismo y libre cambio y también –¿cómo olvidarlo?– el paso de la democracia burguesa al fascismo y de él a un neoliberalismo penosamente maquillado. Cierto que las lúcidas clases dirigentes de Occidente no se han movido nunca por reflejos ideológicos pero sus elecciones no son tan azarosas como Solari parece inferirlo y, sobre todo, no están dictadas por el mero impulso de la expansión nacional. Y aún esta interpretación se podría robustecer si se atendiese que la más neta postulación de la tan mentada “*crisis*” o “*crepúsculo de las ideologías*” ha sido realizada en Occidente por la Francia de De Gaulle siendo por ello justo no ver en ella la cohonestación –ahora sí– de una fractura en el frente imperialista y el signo de una mejor sensibilidad a las realidades que surgen en el mundo. En los nacionalismos del área marginal cabe menos aún incriminar el empleo de cualquier ideología sino el escepticismo, el descreimiento general en las recibidas y el esfuerzo por alcanzar una que esté funcionalmente ajustada a los propuestos fines de la liberación. Llegar a una doctrina que nutra la creación de formas de organización económica y social coherentes con el ser histórico y las necesidades presentes de cada colectividad que surge.

LAS TÁCTICAS DEL NACIONALISMO DE LOS POBRES

Ociosa –bizantina– me resultaba la discusión de si las tácticas que estos nacionalismos marginales han empleado provienen de ellos mismos o son fases del “*tercerismo*” en cuya órbita pudiera situárselas.

Dejando tal debate de lado, recordemos que la más notoria ha sido el “*neutralismo*”, un neutralismo concebido no sólo como abstención a conscribirse

sino como resta –y resta activa– al poder destructivo potencial de los bloques. Que tal postura no puede ser la única y sobre todo no ser la justa lo hicieron evidente dos agresiones de los últimos años: el ataque a Egipto a raíz del conflicto de Suez y la frustrada invasión de Cuba. Golpeadas en su carne cualquiera de las colectividades del Tercer Mundo toda abstención se hace culpable, y si el alineamiento que entonces se produzca robustece a una de las superpotencias mundiales, ello no será resultado de una elección preconcebida sino el resultado mismo, ineluctable, de la dinámica histórica.

Distinto (aunque este distingo esté abierto a discusión) me parece el gesto de la adhesión o el respaldo temporal a uno de los bloques mundiales cuando de ese gesto deriven ventajas sustanciales y no derive de él –hasta el punto de la derrota de uno de sus términos– el desequilibrio del balance mundial de poder. En caso contrario sería inevitable la reflexión que la misma viabilidad de cualquier tercerismo, por modesta que fuese su voluntad de autonomía, chocaría con la aplastante hegemonía de un nítido vencedor. Todo esto constituye, en suma, el famoso “*bargaining power*”, la política de báscula, que tan fría cabeza exige, tantas reservas y hasta tanta “*mala fe*”, según Servando Cuadro lo reclamaba a menudo, recordando la frase de un político autóctono. Algo también tiene que ver con esto lo que Solari condensa –con intención irónica– a cierta altura de su libro: “*Para mantenerse en el poder se hace indispensable, por un lado, atribuir a potencias extrañas algunas de las dificultades del país, por otro conseguir el apoyo extranjero para financiar el desarrollo*” (págs. 114-115).

Todo lo precedente me parece el correcto encuadre lógico de un no muy claro párrafo de Solari: “*el tercerismo gira alrededor de muy variados temas, como se verá más adelante; pero el neutralismo y el nacionalismo son dos referencias –que aunque no siempre van unidas, aunque no siempre son consideradas como principales ambas, aunque algunas veces son vistas incluso como contradictorias, aunque esto sea muy excepcional– fundamentales alrededor de las cuales giran las diferentes concepciones del tercerismo*” (pág. 17).

También con lo anterior me parece que se contesta otra interrogación de Solari: la de si el nacionalismo conduce necesariamente al tercerismo, y su respuesta negativa, vinculándose a su aseveración de que es perfectamente concebible un nacionalismo solidarizado con la primera o segunda posiciones (o bloques).

Hay que afirmar, primero y con todo énfasis, que desde la situación de las naciones marginales del Tercer Mundo no hay ningún nacionalismo del tipo que auténticamente las interprete que pueda sentir ni haya sentido jamás una solidaridad íntima, permanente, no negociada con los Estados Unidos. Y esta imposibilidad es claramente correlativa a la conciencia que tienen sus clases dirigentes, de que su poder poco duraría sin el respaldo lejano o cercano del

poderoso Tío Sam. Que esas clases dirigentes invoquen el “*peligro foráneo*” y “*la tradición nacional*” contra las fuerzas que las amenazan, es también obvio; pero esa tradición y sus patrimonios poco significan (salvo ciertos reflejos que no son de despreciar) cuando lo foráneo son los Estados Unidos y las acuciosas circunstancias obligan a marcar el paso. Por eso no resulta exacto decir que el nacionalismo conduce al tercerismo siempre que “*el tipo de nacionalismo incluya ya, aunque sea implícitamente, al tercerismo*”. Más justo es afirmar que el nacionalismo conduce al tercerismo cuando el nacionalismo es el auténtico, el idóneo, el que corresponde a los países en los que las ideologías de matiz tercerista tienen su ámbito natural. Que Solari exprese lo citado revela que está pensando en un tercerismo que ya no es viable y no visualiza y que lo es o está pudiendo serlo.

Otra alternativa Solari propone: la de nacionalismos que identifiquen sus intereses con el bloque socialista. Mucho más digna de consideración, lo digo desde ya. Pero tampoco ella es muy fácil. En primer término, porque si recordamos la dualidad que el término –en el uso de Solari– conlleva, los nacionalismos conservadores, de tipo burgués, mal pueden apoyarse, sin voluntad de suicidio, en él. Y los otros, los de carácter popular (habría casos límites con los anteriores en ciertas naciones de África y Asia: Transjordania, Marruecos, Abisinia, Túnez) siguen en general la política de báscula o de identificación parcial, temporal, funcional que parecería ser la pauta dominante de un tercerismo formalizado. Y si de nacionalismos se habla dentro del mismo bloque socialista, el trayecto parecería ser el inverso al hasta ahora contemplado. Esto es: se trataría de naciones –y tal es el caso, pese a todas las distancias, de Yugoslavia, China, Polonia, Rumania– que desde una identificación absoluta o casi absoluta con la potencia rectora han llegado al ánimo de que la comunidad ideológica no lo es todo. O que esa ideología no es correctamente interpretada y/o existen poderosas refracciones de interés, de tácticas, de tradiciones que justifican una vía independiente, “*nacionalista*” al fin.

Aunque sé lo violentamente que todo esto me podría ser replicado, aventuraré todavía que la misma doctrina soviética parece haber aceptado este fenómeno con la eventualidad, estampada en el programa del PC de la URSS, de “*las distintas vías hacia el socialismo*”. Una aceptación que se robustece con la continuidad de relaciones más o menos cordiales con quienes tales vías siguen. Y que como tiene que ver tanto con la desmonolitización del mundo socialista (correlativa a su feliz ampliación), como con la insurgencia francesa en el macizo capitalista liberal me permite terminar esta nota con la misma moraleja que ya he utilizado. Esto es: que el tercerismo –como tal– está llegando a su fin y a convertirse en otra cosa.

(1) No incluyo en esto, claro está, la “*intervención multilateral*” americana, resultado de la imposición hegemónica de un solo centro y de la aquiescencia más o menos forzada de un cortejo de estados vasallos.